El viaje al pasado o de la historia: una perturbación errática

Ana Rodríguez Fischer

VIAJAR AL PASADO, AL SUCESO QUE NO VUELVE O AL PRESENTE DE TODA HISTORIA. RODRÍGUEZ FISCHER ESTUDIA CON ERUDICIÓN LAS VISIONES DISTINTAS DE LA HISTORIA DE AUTORES DE FICCIÓN COMO GALDÓS, CENDRARS, NOOTEBOOM, W. G. SEBALD O FERNÁN CABALLERO.

En un anterior artículo publicado en estas mismas páginas[1] traté de cómo el afán de descubrir y conocer que impulsa a los viajeros en ocasiones se ciñe a una experiencia de índole estética que tiene en la Belleza su meta suprema. Y en otro trabajo[2] abordé otro aspecto poco tratado cuando se estudia la literatura de viajes: la topofobia como motor o impulso en aquellos viajeros que viajan contra un espacio, impelidos por la imperiosa necesidad de no estar en un lugar. Una negación que al par que al espacio afecta al tiempo.

Mas los viajes pueden ser encuentro y hallazgo de *otros* tiempos que a veces reviven en un mismo espacio, cuando el viaje se convierte en arqueología de la vida. Muchos Ulises tienen esa experiencia, sobre la que teorizó Claudio Magris en su travesía danubiana, tras tener la impresión de ir desgarrando «sutiles paredes invisibles, estratos de realidades diversas todavía presentes

---

[1] «Imágenes del deseo (o de la belleza como motivo del viaje en los escritores modernos y contemporáneos)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 682 (abril de 2007), pp. 15-36.

[2] «¡Partir, partir...! La topofobia, móvil del viaje», *Revista de Occidente*, nºs 314-315 (julio-agosto de 2007), pp. 117-128.

aunque no aprehensibles a simple vista, rayos infrarrojos o ultravioletas de la historia, imágenes e instantes que ahora ya no pueden impresionar una película pero que existen, que existen al igual que los electrones inalcanzables por la experiencia sensible». Y entonces el viajero se pregunta:

> No sé si algún escritor de ciencia ficción ha inventado una cámara fotográfica espacio-temporal capaz de reproducir, incluso con ampliaciones sucesivas, todo lo que durante siglos y milenios ha existido en esa porción de espacio encuadrada en el objetivo. Al igual que las ruinas de Troya con los estratos de las nueve ciudades o una formación calcárea, cualquier fragmento de realidad necesita de un arqueólogo o geólogo que lo descifre, y puede que la literatura no sea más que esta arqueología de la vida. Lo cierto es que un pobre viajero tridimensional cualquiera se siente turbado ante las bromas de la cuarta dimensión –incluso si el viaje es cuadri-(o pluri-) dimensional por excelencia- y vacila en situarse entre tantas aserciones contrarias y no contradictorias.

Galdós, en parte, había *obrado* así en *Toledo*, texto escrito hacia 1891 y en el que el narrador busca el adecuado punto de vista que sirva a los peculiares propósitos que persigue: una perspectiva imaginaria desde la que penetrar en el dédalo inextricable de las callejas amoriscadas cuya visión frontal o plana no soporta. Por un momento, ante aquellas líneas, el lector piensa que Galdós va a realizar una operación similar a la de Canaletto con Venecia: «Si fuera posible elevarse a mayor altura que la del Alcázar, se abarcaría de un golpe de vista el panorama monumental, y sería fácil metodizar la relación que vamos a hacer. Suponiéndonos con el lector en esa altura imaginaria, veríamos...». Y acto seguido procede a enumerar los puntos descollantes de Toledo en un ejercicio que aspira a revivir la historia y la leyenda de la ciudad para *ver* su vida. ¿Como podía hacerse en Pompeya? Creo que sí. Allí, durante su visita de 1889 le había impresionado vivamente la visión de *la ciudad destapada:* «Los techos de todos los edificios han desaparecido casi totalmente. Es una ciudad, por decirlo así, destapada. Parece que algún demonio le ha levantado de una vez y en un solo movimiento todos los techos, a fin de que se vea bien lo que dentro hay». En Pompeya, Galdós se limita a consignar sus impresiones, pero otro viajero nos explicó por qué allí se siente así. En «Pompeya para una travesía solitaria», Rafael Argullol expone

cómo, a diferencia de las grandes ruinas arqueológicas –«cuya contemplación suele despertar un choque violento por el que se hace evidente la abrupta ruptura del tiempo»–, Pompeya permite distorsionar los planos cronológicos: «El pasado –el supuesto pasado que el visitante ha exigido a su evocación– se ha hecho presente y, en cierto modo, palpable. El orden de Pompeya, antes ajeno y turbador, va volviéndose familiar, íntimo. [...] Y así recorrerá las casas pompeyanas con la convicción de penetrar en las claves más ocultas del lugar. [...] la posibilidad de «rehabitar» las casas, como sucede en Pompeya, le produce un efecto de aproximación», base para ese entrecruzamiento de tiempos, donde la ciudad presente brota de la urbe antigua: «una ciudad inacabada para siempre, pues siempre se encarnará en nuevas ciudades, en nuevas máscaras con las que fascinar y confundir a sus contempladores».

Tras su visita a Pompeya, Galdós será en Toledo un nuevo Diablo Cojuelo que arranque, ya no los tejados, sino edificios enteros, en una progresiva tarea decapante que permite ver las edades del hombre y de la historia y la leyenda que yacen bajo los edificios.

> Se han clasificado los monumentos por categorías, según su mérito artístico o histórico. Mas lo que conviene es establecer una división, adoptando un sistema que llamaremos si se nos lo permite, «de capas arquitectónicas» para expresar las justas posiciones de las distintas épocas que se han sobrepuesto o se han reemplazado unas a otras. Para esto es preciso hacer inducciones dificultosas, restableciendo lo que no existe, con gran peligro de que la imaginación se entregue a sus naturales extravíos. Pero no importa: lejos de evitarlo, emplearemos alternativamente la Historia y la leyenda, imposible de separar, tratándose de cosas viejas.

La leyenda sí entrará en su paseo histórico por Toledo. Y el arte y la literatura, pero no la erudición ni las «declamaciones de ciertos escritores antiguos» que le parecen «pedantería propia del siglo XVIII, el siglo de las hipérboles y de las cultas tonterías». Y procederá a hablar de una manera vivísima e imaginativa de la Toledo visigoda, árabe, gótico-medieval y renacentista, en una sucesión de restauraciones histórico-legendarias que parten de la concepción del espacio como un crisol de tiempo y vidas. La pers-

pectiva narrativa es originalísima y prácticamente inédita. Bécquer la había ensayado parcialmente en «Las tres fechas» –que no por casualidad también se ubica en Toledo–, pero al ceñirse a un único escenario el texto resulta una mera yuxtaposición de vidas arrojando tan sólo un cuadro inerte. En Galdós no. En Galdós, y siguiendo el camino de la novela moderna, el espacio ya no es el escenario o, por decirlo en términos teatrales, el decorado ante el que transcurre la narración. El escenario –lugares, objetos, elementos de una situación, localizaciones de acontecimientos, incluso luces y colores– forma ya parte intrínseca de ese modo moderno de expresión que es el relato de la percepción de la realidad. El escenario se ha vuelto dinámico, participa activamente en la creación de personajes y mentalidades, participa del paso del tiempo y del sentido del espacio. Esto no es nuevo pero sí lo es el protagonismo adquirido, sobre todo a partir del momento en que la narración asume el ámbito interior del yo. El mejor ejemplo lo vemos en la catedral toledana, donde el lector, a partir de esta mutación encadenada del espacio, tiene literalmente la impresión de estar viendo construirse el edificio. La sensación de movimiento y cambio, de trayecto temporal, es muy intensa:

> Cada piedra de las que componen el zócalo es un plinto en que descansa una estatua; cada estatua engendra un manchón; cada dos manchones, una ojiva; cada ojiva, un par de enjutas llenas de filigranas; sobre la cabeza de cada santo se eleva un doselete que es otra miniatura y que contiene en pequeño todo un sistema arquitectónico; de cada doselete parte una aguja, y por toda la parte superior descuella, semejante a las picas de un ejército, la serie inacabable de puntas y minaretes en que van a resolverse todas las formas del edifico.

Y es que, como escribió Joseph Brodsky de y desde Venecia, el tiempo no conoce la distancia. Y la Historia –el tiempo pasado– no conoce las fronteras ni las demarcaciones geográficas: es una perturbación errática e impredecible cuyo epicentro cambia continuamente de un lugar a otro en función de donde se produzcan las condiciones favorables para su estallido. De ahí que sea frecuente ver a los Ulises en traslación, asomándose desde un espacio a distintos tiempos o edades de la historia del hombre, y no sólo en ciudades como Venecia, Toledo o Brujas, en las que el

inmovilismo arquitectónico y la pureza en que se habían mantenido los antiguos trazos hace que la evocación del pasado surja de forma espontánea e impremeditada, ni tampoco sólo en aquellos otros parajes donde lo remoto y recóndito del lugar tiene su exacta réplica en la lejanía temporal, según vemos en algunos de los ejemplos que siguen: en 1859, una excursión a la Mancha para ver un viejo castillo de la emperatriz Eugenia de Montijo situado a dos o tres leguas de El Toboso, le produce a Mérimée la impresión de haber pasado cuatro días en plena Edad Media; al Somerset Maugham que deambula por las calles de una ciudad china en 1919 le es relativamente fácil imaginar «cómo podía ser una calleja en la Inglaterra medieval, cuando en cada ciudad se fabricaba todo lo necesario»; y todavía muchos años después, Antonio Colinas, en el Xi'an de 2002, al cruzar bajo el arco por el que se accede al barrio musulmán, siente que está recuperando el tiempo de otra época. En Tanzania, Javier Reverte tiene la impresión de que nada parecía haber cambiado desde hacía siglos, «como si una mano invisible me hubiera lanzado, sin yo sentirlo, unos cuantos cientos de años atrás, para dejarme ver una pintura viva del pasado»: los faluchos y sus marineros descargando la pesca, las mujeres acuclilladas en la playa limpiando las tripas de los peces, grupos de niños revoloteando, los comerciantes organizando la subasta, los compradores pagando con grandes fajos de billetes, un aroma de sargazos y el olor a fritanga esparciéndose por la primitiva lonja, y una sombra: «todavía me gusta imaginar que aquel día, junto a la rada de Dar es Salaam, atravesé las paredes vaporosas del tiempo y vi pasar frente a mí a Simbad el Marino». Y para un poeta gaditano «más o menos adscrito a los remanentes de fascinación del mundo árabe» como lo es Caballero Bonald, llegar a la orilla mediterránea de África –Túnez, Tánger, Tetuán, Fez, Casablanca o Argel– también tiene algo de excursión al pasado porque había crecido «paseando por callejas donde estuvieron los árabes más tiempo del que hace que los echaron, oyendo a gentes que hablan como si recitaran en aljamía, asimilando de algún tangencial modo los breviarios culturales de beréberes, sirios y persas», dado que no todo había sucumbido bajo tantas fanáticas depredaciones. El viaje danubiano de Magris lleva adherido un tiempo anterior, el del periplo empren-

dido por los colonos alemanes que iban a poblar el Banato, los *Donauschwaben* o los suevos del Danubio que durante dos siglos «imprimieron un sello fundamental a la civilización danubiana, hoy inexistente».

Lógicamente, esos saltos al pasado suelen manifestarse como un viaje en la Historia, como los que Realiza Cees Nooteboom en su *Desvío a Santiago*, cuando al viaje físico o real que hace en su coche se le sobrepone otro peregrinaje en forma de meditación o cavilación que se realiza a través del pasado, avivado por las huellas que va encontrando en las fortalezas, castillos o monasterios, y en los documentos, relatos y leyendas que aquellos contienen. Pero si en este caso la experiencia de vivir el Tiempo en forma de Historia le resulta grata –o al menos gratificante–, en otras ocasiones tal confrontación le desasosiega y le produce un enorme cansancio, como le ocurre en el Museo de Antropología de México, cuando constata que «entre mi persona de ahora y el hombre de entonces existe una distancia imposible de salvar; la distancia del significado [...], el abismo de lo mutable expresado en el material menos mutable. Aquello que estaba destinado a ser eterno ha sido desenmascarado como una manifestación de lo temporal sometida a la coyuntura de la ideología dominante. Porque en ello reside la paradoja: lo que la piedra conserva es justamente lo que no se ha conservado, las creencias».

En ocasiones, esos otros tiempos del pasado o de la Historia reviven en sorprendente desorden. Entre la tribu de los nambiquara, Claude Lévi–Strauss cree vivir en plena Edad de Piedra; y al poco, con los tupí-kawaíb, no fue el siglo XV lo que vio, sino el XVIII, «tal como puede uno imaginárselo en los puertecitos de las Antillas o sobre la costa. Yo había atravesado un continente. Pero el término de mi viaje, tan próximo, se me hacía en primer lugar más patente por esta ascensión desde el fondo de los tiempos». Trastueques o vaivenes temporales que al viajar pueden suceder incluso en espacios anodinos como la autopista París–Marsella, donde Julio Cortázar y Carole Dunlop, nos hablan también de ese otro tiempo que sobreviene: «Cosmonautas de la autopista, a la manera de los viajeros interplanetarios que observan de lejos el rápido envejecimiento de aquellos que siguen sometidos a las leyes del tiempo terrestre, ¿qué vamos a descubrir

al entrar en un ritmo de camellos después de tantos viajes en avión, metro, tren?».

Es otro de los grandes encantos de viajar: no tanto desplazarse en el espacio, escribe Cendrars, cuanto en el tiempo: encontrarse, por ejemplo, al azar de un incidente de ruta entre los caníbales o a la vuelta de una pista en el desierto en una estacada en plena Edad Media. Y añade, trazando una analogía que muchos suscribimos: «Creo que lo mismo ocurre con la lectura, excepto que está a disposición de todos, sin peligros físicos inmediatos, al alcance de un valetudinario, y que a su trayectoria, todavía más extendida en el pasado y en el futuro que en cualquier viaje, se le añade el don increíble de hacerle a uno penetrar sin gran esfuerzo en la piel de un personaje».

Siempre estamos en palabras, escribía Nooteboom, para acto seguido añadir: «Y no sólo en palabras, también en la Historia». La Historia suele ser un potente motor del viaje, y para algunos también lo es «la historia antes de la historia» porque en ella falta lo acuciante. En el museo de Bellas Artes de Zaragoza, ante puntas de flechas realizadas en piedra, vasijas y pequeños cuencos de cerámica, tumbas abiertas con esqueletos anónimos, el escritor holandés reflexiona:

> Nombres, fechas exactas, batallas, conflictos, todo esto se ha vuelto invisible [...]. Permanezco durante horas en las salas silenciosas y veo cómo la historia se amontona, se hace más conocida y se expande al mismo tiempo. Un siglo no puede caber en una sala y, sin embargo, ocurre. A través de lápidas, monedas [...] se me muestra como por arte de magia el camino conocido, el cliché del pasado tal y como lo he aprendido. Pero lo más esclarecedor se oscurece por lo que se ha dejado fuera: los olores, las voces, los seres vivos. Son, literalmente, restos que hacen visible una ausencia. A través de todas estas evidencias naturales parece incluso como si se pudiera poseer el pasado, tenerlo, pero el presente sólo toma del pasado lo que él mismo elige, y luego vuelve a ser el presente lo que está a la orden del día, porque cada época interpreta la historia de una manera distinta. También nosotros algún día iremos a parar a esta curiosa abstracción. Eso que nosotros pensábamos de nosotros mismos será deformado por los caprichos de un tiempo ulterior.

¿Serán inquietudes como ésta las que llevan a tantos Ulises a recorrer los escenarios de la Historia, próxima o lejana? Si una de

las metáforas del viaje es lo que Magris llamaba el camino hacia las lontananzas, no debe sorprendernos ver a los viajeros en escenarios como los restos del solar del Cid, a espaldas de la ciudad de Burgos (Bécquer, Unamuno, Alfonso Reyes, Ortega), en los parajes donde tuvieron lugar las batallas de Alarcos y de Zallaka o la de Sagrajas (Gerald Brenan), en el monasterio de Alcobaça tras la poética historia de doña Inés de Castro (William Beckford, Unamuno), en Waterloo (Fernán Caballero, Rubén Darío, Sebald) y, ¿por qué no?, en Ginebra, cobijo de perseguidos y exiliados. Seguirlos a todos es imposible. Por ello, me concentraré en una doble vertiente; por un lado, observaré a un viajero que se confiesa peregrino de la Historia y mostraré sus movimientos; por otro, fijaré un escenario único –Waterloo– y lo enfocaré desde un triple contrapunto: el que arrojan las miradas de Fernán Caballero, Rubén Darío y W.G. Sebald, casi equivalentemente distanciadas entre sí, para así poder ver cómo ante un mismo suceso –y ante el espacio que lo representa–, los viajeros reaccionan de modo muy distinto según el paso del tiempo.

La Historia retuvo la atención del viajero unamuniano y alentó su soliloquio; la Historia de los hechos y no la Historia de los sucesos, según la entendía el autor:

> El poder situar un suceso en tiempo y lugar con ayuda de la cronología y la geografía tiene muy poco que ver con la verdad histórica, aunque tenga que ver con eso que se llama exactitud. Un suceso, una cosa que ha sucedido, y por haber sucedido pasó ya, y, en realidad, no existe, puede convenir fijar su actual existencia en fecha y en lugar determinados, pero un hecho, algo que haciéndose permanece como instituto o como costumbre o como idea, importa poco que no sepamos situarlo ni cronológica ni geográficamente. Un hecho así, no un suceso, es eterno y universal, vive fuera de tiempo y de espacio. [...] Lo que se llama por exclusión y técnicamente historia, la documentada cronológica y geográficamente, es la memoria escrita de los sucesos humanos y aun naturales –un eclipse, una inundación, un terremoto–, mientras que la verdadera historia, la espiritual, que vive, que en la literatura y en las artes –incluso la filosofía– persiste, es el recuerdo de los hechos, hechos ya para siempre en el alma humana.

Este viajero –que se ufana de ser uno de los escritores españoles que más capitales de provincia, villas, villorrios, lugarejos y aldeas del país conoce–, se acerca a esos lugares para mirarlos con

los ojos del alma en que duermen recuerdos de la historia, como expresa al visitar el panteón real en la basílica leonesa de San Isidoro. Y son numerosas las ocasiones en que el narrador se detiene a evocar la vida de algún gran personaje, destacando Inés de Castro, Carlos V, Felipe II y naturalmente Don Quijote, de modo que es frecuente sorprenderlo volviendo «su vista histórica al pasado sendero de los siglos», verlo viajar siguiendo la ruta de algún personaje, como en el relato «Por las tierras del Cid» (1931), de *Andanzas y visiones españolas,* y autorretratarse como peregrino de la Historia y de la Patria, tanto si camina por tierras de la vieja Castilla, Extremadura o La Mancha –paisaje que atraviesa «soñando allendidades españolas» y «antigüedades prehistóricas, cuando esto acaso fue bosque»–, como si se encuentra contemplando Madrid en las alturas de encima del Hipódromo y desde allí, al avistar los campos desolados –«Campos terreños, de sola y pura tierra, de tierra de cocer ladrillos y pucheros»–, evoca la construcción de la ciudad por los albañiles que hicieron adobes y ladrillos con el barro de aquella tierra –«El Madrid castizo y propio de tierra cocida»–; o se halla en el rincón de los soportales de la plaza de Pedraza de la Sierra, donde el viajero *rumia* (y destaco el término) una y otra vez la Historia, trillando sus visiones «en la era de mi conciencia», como «español españolizante», es decir, como hombre dotado de conciencia histórica de su españolidad. Hay un texto fundamental que nos da la clave de este giro último del viajero, convertido en los años treinta casi ya exclusivamente en peregrino del ideal ultraterrestre, en romero de la inmortalidad. Se titula «Ensueños de hastío» (1933) y tiene un narrador en tercera persona que es un claro reflejo del autor, y un escenario que corresponde a Salamanca, como todo lector advierte ya en las primeras líneas: «Ha sido en una de esas viejas ciudades castellanas, varadas en la alta Historia, en la que él ha vivido y en la que ha vivido largos y preñados años de vida». Allí, en una calleja cerrada al mundo actual, ruidoso y pasajero, este viajero se lanza a «sondar dentro del sueño universal otro sueño», a respirar la Historia, pero la «entera y verdadera, no la de las crónicas, sino la que abarca y funde tradiciones y documentos, leyendas y realidades, milagros y rutinas, recuerdos y esperanzas, fantasías e increíbles creencias fecundas, evangelios, mitologías, supersticiones,

ficciones y materialidades»; la Historia «sin criba, sin crítica, la que se está rehaciendo de continuo», porque tan reales son Don Quijote y Hamlet, como Cervantes, Shakespeare, Cristo y Apolo, Adán y el antropopiteco. Todo el texto –que me recuerda mucho a «Frío en el alma» (1906), que tiene por figura al paseante-contemplador que medita sobre la atrofia espiritual de Españaû es de estructura itinerante y cerrada, y el relato acaba con el sacudimiento del ensueño y el regreso al punto de partida para encarar la realidad del presente, la urgencia de la actualidad –un menester, una obligación, momento en que le «arremete cierto hastío»; de ahí ese título en apariencia paradójico y que se explica por la contraposición pasado-presente, ya que «Ensueños de hastío» es una contemplación del poema de la historia según la entiende un viajero que cada vez va quedándose más encerrado en los campos del espíritu y que, incluso cuando viaja físicamente y se desplaza a otros lugares, como a los pueblos del León castellano un día de San Juan Bautista, lo hace soñando desde el recuerdo, en la eterna reconquista de la vida que pasa:

> Entre campos de trigo y alfombras de amapolas y rebaños de ovejas trashumantes, y parejitas campestres, y ruinas de castillos y de templos románicos, y viviendas de tapial fraguado a trulla, íbase uno soñando en la eterna historia, en la eterna reconquista de la vida que pasa. Y la otra, la Reconquista mayúscula, ¿qué es lo que fue sino la lucha de unos pastores, ganaderos, contra otros, y por la trashumancia, y aun después de que algunos se asentaron como labradores en ciudades? Caín y Abel, siempre enmellizados, como la muerte y el amor, como el hambre y la envidia.

Rumiar visiones y *remejer* tiempos y espacios, «lugares y continentes –geografía– con días y siglos –cronología– y hacer a los espíritus históricos, por debajo del espacio y del tiempo, coeternos y co–infinitos», es la tarea o el ensueño al que se entrega este viajero inmóvil, opuesto a la legión de «sedicentes dinámicos» que pululan por las grandes ciudades; un viajero que admitirá ser más lo soñado que lo visto y que progresivamente irá dejando sus andanzas para descubrir un nuevo modo de viajary del que el 19 de julio de 1936 hará esta encendida apología:

> «Andar y ver» –se dice–. Y el que esto os dice ha publicado una colección de relatos de excursiones con el título de *Andanzas y visiones españolas.*

> Pero es más lo que ha soñado que lo que ha visto. Y sobre todo lo que ha soñado ver. Y cada vez más se recrea –se re–crea, en el sentido originario, se vuelve a crear a sí mismo– viajando no por el espacio, sino por el tiempo. [...] Sólo re–crean al alma los viajes por el tiempo. Y por el tiempo íntimo, por el tiempo de los recuerdos personales. [...] Pero es que este viajar por el tiempo no es propiamente viajar, no es lo que hacen excursionistas y turistas, que van huyendo de todas partes –por topofobia– y sobre todo huyendo de sí mismos, ese viajar por el tiempo es propiamente emigrar. [...] ¿Turismo? ¿Excursionismo? Mejor emigración por el tiempo, tiempo atrás, a través de recuerdos.

No sólo la circunstancia –ni el tiempo ni los tiempos están para tragar espacios, afirma en las líneas finales– explica esta evolución –o involución–, dado el hondo significado que en el Unamuno contemplativo tienen estos ejercicios que le permiten volver a «bañar el alma» en las corrientes espirituales de su niñez y mocedad lejanas, como durante el veraneo de 1934 en Bilbao, o revivir emociones de su juventud universitaria cuando regresa a Madrid en 1932 y escribe una larga serie de artículos sobre aquellos paseos.

Examinemos ahora el otro ejemplo de viaje en el tiempo y en la historia revisando cómo un mismo escenario –el de la célebre batalla de Waterloo– es abordado por tres miradas que se sitúan en tres planos temporales muy distintos. En 1836, durante su jira europea, la novelista Cecilia Böhl de Faber, *Fernán Caballero*, visita el campo y escribe una breve crónica titulada «Una excursión a Waterloo», que comienza con una proclama político-ideológica en la cual confiesa llevar a cabo su «devota peregrinación» bajo «el entusiasmo y el respeto con que en un principio fue visitado el lugar del triunfo de la justa causa», para proseguir con la relación de la visita al famoso enclave, ocasión que aprovecha para insertar una de sus más encendidas arengas, amparándose en el hecho de estar «juzgando por mi individual sentir», de modo que el relato desaparece ante el discurso panegírico (que en ese escenario tienta a muchos viajeros, y no sólo a la reaccionaria romántica), hasta que el narrador cede su voz a otro narrador —el guía del Campo de Waterloo—, que cuenta con gran vivacidad y resortes propios del folletín la histórica batalla de 1815.

> Algo más adelante, en aquella elevación de terreno, estaba el emperador. Viendo a sus espaldas salir de aquel bosquecito un cuerpo de tropas que

creyó ser el de Grouchy, dijo a sus soldados: «¡Vamos, valor, valor! Este es el camino de Bruselas.» Mas en aquel instante el general Bertrand se acercó a él y le dijo: «Señor, todo está perdido, es la bandera prusiana». Efectivamente, en lugar del cuerpo de ejército de Grouchy que aguardaba el emperador, era el de Bülow, que le atacaba por el flanco. ¡Qué no debió de sufrir en este instante que acababa para siempre con todas sus esperanzas! Elevado por la fortuna, no hubiera debido confiar tanto en sus pocos sólidos cimientos. «Horribles eran —añadió el guía— los gritos y quejidos de los heridos después del combate: todos pedían agua sin que fuese posible satisfacer su ansia. Llegó a tantos el número de los muertos, que se apiñaron para su entierro, como se habían apiñado para su muerte».

«Una excursión a Waterloo» se cierra con la expresión de los sentimientos que tales hechos le inspiran al narrador, más la consabida meditación elegíaca sobre el poder del tiempo.

Rubén Darío recorrió el campo de batalla en un carruaje «un bello día primaveral» de 1904. Nada más llegar siente, recordando a Víctor Hugo, que ya no puede fácilmente concebirse a otro Napoleón que el idealizado en las leyendas, los versos de Heine o los cuadros lívidos de Henri de Groux. Pasa revista Rubén a todo cuanto se yergue a su alrededor: el gran león conmemorativo sobre su alto pedestal, los monumentos de letras borrosas con nombres de guerreros, el tronco de un árbol contemporáneo de la sangrienta función, huesos, balas desenterradas, apolilladas casacas, *petits-chapeaux*, autógrafos de Blucher o Wellington, números del *Times*, sables franceses, holandeses, ingleses, hierros viejos, memorias viejas...; y en todo cuanto se yergue a su alrededor no ve Rubén sino cenizas, huellas «del más tempestuoso derrumbamiento de gloria y de soberbia que hayan visto los siglos»: cenizas de semidiós (escribe al principio), semidiós en cenizas (redondea al final).

En 1964, viajó allí Sebald, para quien, todo el denominado lugar histórico sobre el campo de batalla de Waterloo –junto con el monumento del león, en Bruselas– constituye la quintaesencia de la fealdad belga. En 1992, cuando escribía *Los anillos de Saturno*, no recordaba ya cuál había sido el motivo de ir allí, «pero lo que sí sé aún es cómo saliendo de la parada de autobuses, a lo largo de un campo pelado y pasando por delante de una aglomeración de edificios a modo de barracones de feria y sin embargo muy elevados, me dirigí hacia el lugar exclusivamente conforma-

do de tiendas de recuerdos y de restaurantes baratos». Prosigue Sebald su relación dando cuenta de la visita al Panorama en el que, desde una plataforma de observación levantada en el centro, se podía ver la batalla desde todos los puntos cardinales, en una «escena de horror tridimensional», poblada por «dos caballos de tamaño natural [que] yacen en la arena cruzada de rastros de sangre, además de soldados de infantería degollados, húsares y *chevaulegers* con ojos torcidos por el dolor o ya vidriosos, los rostros de cera», y que se completa con «la enorme pintura redonda que el pintor de marinas francés Louis Dumontin realizó en el año 1912 en la pared interior de la rotonda, de ciento diez por doce metros, parecida a una construcción de circo». De modo que, caminando lentamente en círculo, el viajero reflexiona sobre el arte de la representación de la historia:

> Se basa en una falsificación de la perspectiva. Nosotros, los supervivientes, lo vemos todo desde arriba, vemos todo al mismo tiempo y sin embargo no sabemos cómo fue. Alrededor se extiende el campo desierto, en el que una vez perecieron cincuenta mil soldados y diez mil caballos al cabo de pocas horas. En la noche tras la batalla se habrán podido oír, en este mismo lugar, estertores y gemidos polífonos. Ahora aquí no hay nada más que tierra marrón. ¿Qué habrán hecho en su día con todos los cuerpos y con todos los restos mortales? ¿Están enterrados bajo el cono del monumento? ¿Nos encontramos sobre una montaña de muertos? ¿Acaso nuestro observatorio, en definitiva, no es más que esto? ¿Se obtiene desde un lugar semejante la tantas veces citada perspectiva histórica?

No hará falta extraer conclusiones porque cualquier lector puede apreciar por su cuenta las diferentes reacciones de los tres viajeros y advertir cómo el desapego sentimental y la distancia crítica crecen con el paso del tiempo. Lo que ya no es tan frecuente entre los viajeros modernos es encontrarnos relatos de viaje como *La Alpujarra* (1874) de Alarcón, en los que se conjuga visión histórica y realidad presente, hasta el punto de que a ratos el escenario recorrido parece mero pretexto para escribir la crónica histórica, el romance fronterizo y la novela de aventuras bélicas en torno a las hazañas de Abén Humeya, cuya peripecia domina por completo la crónica del viaje, abriendo extensos hiatos en la narración e imprimiendo a *La Alpujarra* una derivación novelesca de irregular trazado, en la que la Historia, o más bien la fabulación

histórica, entra en la narración prendida de los pasos del viajero. Muy significativo es que la crónica morisca no siga un orden cronológico, sino muy al contrario: hay una total alteración de la linealidad cronológica porque el único elemento que rige esa relación es el paisaje o escenario de los hechos rememorados.

Al joven Robert Louis Stevenson también le tentó hacer algo parecido. En sus *Viajes con una burra* (1879), en el Languedoc francés, cuando recorría las sendas de los Cévennes –«la gran fiesta ascética», la llama–, consideró la posibilidad de escribir una novela histórica inspirada en los *camisards* (camisas blancas), los campesinos protestantes de aquel lugar que en 1685 se levantaron en protesta contra la revocación por Luis XIV del Edicto de Nantes promulgado para acabar con las guerras de religión que habían devastado a Francia en el siglo XVI. La novela tendría como protagonista a Jean Cavalier, el joven que con poco más de veinte años dirigía la hordas harapientas de campesinos que a lo largo de ocho años tuvieron en jaque a los regimientos del rey comandados por los oficiales más brillantes. «Yo había viajado hasta entonces por un distrito monótono –escribe Stevenson al llegar a los Cévennes–, y no me había cruzado por el camino con nada más notable que la *Bestia de Gévaudan,* devoradora de niños, el Napoleón Bonaparte de los lobos. Pero ahora iba a bajar al escenario de un capítulo romántico (o, mejor, de una nota a pie de página romántica) de la historia del mundo. ¿Qué quedaba de todo aquel polvo y heroísmo pasados?» A nosotros, si no la novela proyectada, nos queda al menos la extensa rememoración de aquel episodio que Stevenson va recreando en su caminar.

La expedición de Gómez (1936), de Pío Baroja, es otro ejemplo de viaje al pasado histórico, aunque este libro tiene ya otros rasgos distintos porque el autor combina la reconstrucción histórica de la aventura del general carlista con la relación de la aventura personal de un viajero que, en su función de cronista, atiende a las pinceladas paisajísticas, la estampa social y el reportaje mediante brevísimas entrevistas a las gentes del lugar sobre la memoria de Miguel Gómez y los sucesos por él protagonizados. Es, en realidad, un doble viaje a lo largo del cual se proyectan dos tiempos –el histórico y el presente–, cada uno narrado con su particular modo discursivo pues, para referirse a la peripecia histórica, el

tono que emplea Baroja es imparcial y objetivo, y las anotaciones tienen a menudo el aire escueto y árido de la *Anábasis*, sobre todo al contar la retirada –los griegos derrotados tratan de volver a su país y ese avanzar cruzando tierras es, ante todo, una extensión temporal–, así como en la rudeza formal y espartana –e incluso la cominería práctica con la que Jenofonte detalla lo que se come, lo que se compra, lo que se gana– con que se relatan los hechos, sin ocultar brochazos de prosaísmo que no empañan la dimensión heroica –por el aguante y entereza de los protagonistas– de los hechos: «Aquí cerca –escribe en Villasana de Mena– hubo un encuentro entre las tropas de Gómez y las del general Tello. Cuando Tello supo el 29 de junio, por la noche, que Gómez había llegado a Arciniega, avisó inmediatamente a Espartero. A las doce de la mañana del día 30, Tello salió de Villasana». El tono dominante en el relato es éste, pero en alguna ocasión hay algo de novelería –recursos vagamente folletinescos– en la relación de la aventura del general carlista, porque la alternancia entre el doble plano temporal propicia los finales con suspense característicos del folletín; entonces, bajo el reportero, asoma el novelista del ciclo de Aviraneta, por ejemplo. Ahora bien, el narrador es consciente de los límites auto-impuestos, y no vacila en frenar su fantasía: «Yo vuelvo a Gómez, que es el *leit–motiv* de esta excursión. Es lástima que utilizando una licencia poética no se le pueda llamar don Gómez al caudillo andaluz. Esto le daría un aire más épico...». Pero no incurrirá Baroja en tal tentación. Como máximo, de vez en cuando violará el estatuto del cronista-reportero para intentar ponerse en la piel de su personaje y traerlo al paisaje presente: «No sabemos qué pensaría Gómez, si viviera, al ver convertidos en lagos románticos las tierras secas que recorrió él con su gente», anota al pasar por el pantano de la Ventanilla (Palencia).

La expedición de Gómez es un relato similar al azoriniano *La ruta del Quijote*, no sólo por el carácter de efeméride –los centenarios respectivos– que pudo haber inspirado ambas aventuras, sino también por ser viajes de itinerario fijo, previamente delimitado, pautado por otro personaje más o menos heroico a cuyas andanzas se acopla el viajero. Es, sin duda, una modalidad que atraía a Baroja, que al cruzar Las Navas de Tolosa, por donde había pasado varias veces, se le ocurre que «sería curioso con-

frontar con el terreno las relaciones históricas sobre la batalla de ese nombre: leída, siempre me ha parecido una batalla de teatro entre moros y cristianos; visto el terreno de cerca, se comprende su realidad y su desarrollo». Quizá fue esa necesidad de examinar los sucesos históricos sobre el terreno donde acontecieron lo que llevó al viajero a emprender su personal repetición de la expedición del general Gómez. Fue, en cualquier caso, una modalidad de viaje que gustaba a un autor que, en Córdoba, le confiaba a sus amables amigos andaluces –muy preocupados por cumplir con su papel de anfitriones y cicerones locales– que a él lo que le hubiera gustado era hacer la ruta de los románticos bandoleros a caballo: desde Cárdenas y Almuradiel, a Sevilla.

En *La expedición de Gómez* Baroja viajaba a ese mismo fragmento del pasado que para otros de nuestros Ulises fue presente: las Guerras Carlistas que resuenan una y otra vez en los relatos de Mérimée y de Borrow (quien a ratos anduvo muy cerca del general), y cuya cobertura también le fue encargada a Henry Stanley por el director del periódico para el que trabajaba, el *New York Herald*.

Las crónicas y relatos de la Historia en el presente de su acontecer constituyen otra faceta de los viajes en el tiempo, de la que trataré en otra ocasión.

OBRAS CITADAS:

ALARCÓN, P. A. de, *La Alpujarra* [1874]. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1942 (11ª ed.).

ARGULLOL, R., *Territorio del nómada*, México-Madrid-buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1987.

BAROJA, Pío, *Reportajes*, en *Desde la última* vuelta *del camino (Memorias II)*, Círculo de Lectores, 1997, pp. 609-1171.

BÖHL DE FABER, C. (*«FERNÁN CABALLERO»*), *Obras Completas IV* («BAE,139»). Edición y estudio preliminar de J.M. Castro y Calvo. Madrid, Atlas, 1961.

BRODSKY, J., *Marca de agua* [1992]. Traducción de Menchu Gutiérrez. Madrid, Siruela, 2005.

CABALLERO BONALD, J.M., «Lugares», en *Copias del natural*. Madrid, Alfaguara, 1999, pp. 15-159.

CENDRARS, B., *Trotamundear* [1948]. Traducción de Manuel Talens. Madrid, Alianza Editorial, 2004.
COLINAS, A., *La simiente enterrada. Un viaje a China*, Madrid, Siruela, 2005.
CORTÁZAR, J.-DUNLOP, C., *Los autonautas de la cosmovía o Un viaje temporal París-Marsella* [1982], Barcelona, Muchnik Editores, 1983.
DARÍO, Rubén, *Tierras solarés* [1903-1904]. Edición de Cristóbal Cuevas. Málaga, Universidad de Málaga, 1997.
LÉVI-STRAUSS, C., *Tristes tópicos* [1955]. Prólogo de Manuel Delgado Ruiz. Barcelona-Buenos Aires-México, Ediciones Paidós, 1988.
MAGRIS, C., *El Danubio.* Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona, Anagrama (Panorama de Narrativas, 142), 1988.
MÉRIMÉE, P., *Viajes a España* [1830-1864]. Traducción, prólogo, notas y cronología de Gabino Ramos González. Madrid, Aguilar (ELA, 41), 1988.
NOOTEBOOM, C., *El desvío a Santiago* [1979-1992]. Traducción de Julio Grande. Madrid, Siruela, 1993.
-*Hotel nómada*, Madrid, Siruela, 2002.
PÉREZ GALDÓS, B., *Toledo. Su historia y su leyenda* [1891], en *Obras Completas IV. Novelas y Miscelánea*, Madrid, Aguilar, 1973, pp. 1344-1378.
REVERTE, J., *El sueño de África* [1992], Barcelona, Random House Mondadori, 2003.
SEBALD, W. G., *Los anillos de Saturno. Una peregrinación inglesa* [1995]. Traducción de Carmen Gómez y Georg Pichler. Madrid, Debate, 200.
STEVENSON, R. L., *Viajes con una burra* [1876]. Traducción de Alejandro Pareja. Madrid, Maeva Ediciones (Andar y Ver), 1998.
UNAMUNO, M. de, *Paisajes* [1902], en *Obras Completas I*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1958, pp. 45-84.
– *Por tierras de Portugal y de España* [1911], Madrid, Espasa-Calpe («Austral, 221»), 1969 (11ª ed.).
– *Andanzas y visiones españolas* [1922], en *O.C. I*, pp. 599-847.
– *Paisajes del alma* [1892-1936], en *O.C. I*, pp. 849-1128.